

GORDURA Y SUBJETIVIDAD UN ANÁLISIS DESDE LA TRAYECTORIA VITAL DE UNA MUJER JUCHITECA

Patricia Matus Alonso

CIESAS Pacífico Sur

patriciamatusalonso@gmail.com

RESUMEN

El presente artículo aborda los avances de investigación de la tesis de maestría en antropología social titulada *Ser gorda en Juchitán de Zaragoza: Entre la normatividad corporal y la disidencia. Un análisis de los itinerarios corporales de nueve mujeres zapotecas*. En este texto se muestra un itinerario corporal creado a partir de la historia de vida de una mujer juchiteca. El itinerario muestra la experiencia de la gordura en Juchitán y las prácticas corporales que se desencadenan para adherirse o no a un ideal corporal hegemónico. La metodología fue cualitativa y consistió en la inmersión en la vida cotidiana de nueve mujeres juchitecas. Se seleccionó un único caso por considerarse representativo.

PALABRAS CLAVE

GORDURA, SUBJETIVIDAD, MUJERES, ITINERARIO, JUCHITÁN

ABSTRACT

This paper is part of the advances in the research of the master's thesis in social anthropology *Being fat in Juchitán de Zaragoza: Between body regulations and dissent. An analysis of the body itineraries of nine Zapotec women*. This text shows a body itinerary created from the life story of a woman from Juchitán. This itinerary shows the experience of fatness in Juchitán and the practices that are triggered to adhere or not to a hegemonic ideal body. The methodology was qualitative and consisted in the immersion in the daily life of 9 women from Juchitán de Zaragoza, Oaxaca. A single representative case was selected.

KEY WORDS

FATNESS, WOMEN, JUCHITÁN, SUBJECTIVITY, BODY ITINERARY

INTRODUCCIÓN

Hoy en día resulta imposible escapar al bombardeo mediático que supone la epidemia de la obesidad. Desde el saber biomédico la categoría obesidad implica el carácter patológico de los cuerpos que tienen un índice de masa corporal (IMC) superior a 30 kg/m² y se intuye que, conforme aumenta este IMC, el riesgo de padecer enfermedades como la hipertensión, la diabetes mellitus y las enfermedades cardiovasculares se hace aún más evidente.

Ante la carga que esta condición supone para la vida de las personas, y para el sistema de salud que debe solventar las comorbilidades asociadas, se desarrollan una serie de estrategias para prevenir y tratar la obesidad, desde campañas estatales hasta una industria cosmética y farmacéutica que promete la pérdida de peso.

Por otro lado, un campo de investigación cada vez más explorado denominado *fat studies* cuestiona la relación entre el índice de masa corporal y la salud (Rothblum 2011). De acuerdo con este enfoque, narrar la obesidad como un problema ocasiona que quien no se ubique en un rango de peso considerado normal se convierta en objeto de estigma y discriminación (Colls y Evans 2010; Company y Rubio 2013; Piedras 2011). En otras palabras, la salud se vuelve un mandato –y un cuerpo delgado es parte de éste–, de tal manera que cuando no se cumple se crea un entorno gordofóbico que señala, excluye y estigmatiza a los cuerpos que escapan de la norma.

Lo interesante es que el conocimiento biomédico no actúa de forma aislada ni vertical, sino que se encuentra en cada eslabón de la vida cotidiana, generando relaciones, mandatos y formas de entender y experimentar el cuerpo. Piñeyro (2016) arguye que el discurso estético, también hegemónico a partir de la expansión de los medios de comunicación, nos ofrece un mandato corporal de delgadez, especialmente a las mujeres, el cual supuestamente se corresponde con el modelo de salud o es un reflejo del mismo.

Este argumento sobre el mandato salud-estética abre una ventana para observar lo que Foucault (1988) denomina capilaridad del poder y permite analizar la manera en que el poder interpela a las personas, originando representaciones y prácticas.

Con este panorama epidemiológico y estético en cuenta decidí, como parte de mi investigación de maestría, mirar hacia Juchitán de Zaragoza, una ciudad representativa de la cultura zapoteca ubicada al sureste del estado de Oaxaca, México.

Juchitán da nombre a uno de los dos distritos administrativos en que se divide la región del Istmo de Tehuantepec. Asimismo, es el nombre del municipio en que se asienta la ciudad de Juchitán de Zaragoza, la cual se ha caracterizado históricamente por una complejidad política y social en la que la reivindicación cotidiana de la identidad zapoteca ha jugado un papel crucial frente las amenazas de extranjeros (Campbell y Tappan 1989).

Al respecto, la estética de las mujeres juchitecas se ha considerado un símbolo clave de la identidad zapoteca (Campbell y Tappan 1989). Vestidas con huipiles y enaguas de flores o figuras geométricas de cadenilla, las mujeres protagonizan los espacios en donde se recrean los valores y símbolos que la comunidad concibe como herencia, tal es el caso de las fiestas y el mercado (Miano 1994).

La gordura femenina es parte de esta estética, algunos estudios realizados en la zona (Dalton 2010; Gómez 2008; Madrid 2008) arguyen que en Juchitán la noción de belleza es distinta y que el ideal femenino es estar gorda, lo cual, junto con la hipervisibilidad en los espacios cotidianos, ha sido motivo de inspiración para artistas locales y extranjeros.

En el presente artículo generaré un itinerario corporal a partir de la historia de vida de una mujer juchiteca. En este itinerario haré énfasis en la experiencia de una mujer y en las prácticas corporales que se desencadenan para adherirse o no a un ideal corporal hegemónico.

Retomo el concepto de prácticas corporales (Muñiz 2015) y la idea de itinerario corporal (Esteban 2013), para evidenciar la forma en que el dispositivo de la normalidad corporal genera subjetividades en las que confluyen las violencias simbólica y real, y la resistencia (Muñiz 2015:53).

Por subjetividad entenderé, a la luz de Ortner (2016:127), el conjunto de modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo y temor que animan a los sujetos actuantes, organizados y generados por formaciones culturales y sociales.

NOTAS METODOLÓGICAS

Este artículo surge de los avances de investigación de la tesis de maestría en antropología social *Ser gorda en Juchitán de Zaragoza: Entre la normatividad corporal y la disidencia. Un análisis de los itinerarios corporales de nueve mujeres zapotecas*. El trabajo de campo se realizó de septiembre a diciembre de 2018 y consistió en una inmersión en la vida cotidiana de nueve mujeres juchitecas. La metodología utilizada fue cualitativa.

Parto de la mirada de la antropología social pues me interesa la interacción de los sujetos con el mundo, tomando en cuenta las normas sociales, la identidad, la subjetividad y la experiencia (Barragán 2007). También me posiciono desde la antropología médica, la cual se enfoca en conocer los significados y prácticas producidas por los microgrupos para enfrentar situaciones de padecimiento en donde la estigmatización, la marginalidad y la diferencia ocupan un lugar importante (Menéndez 1997); y, finalmente, desde la antropología médica crítica, la cual permite observar en la experiencia micro-social fenómenos estructurales y sistémicos tomando en cuenta las relaciones de poder (Martínez 2015; Singer 1995).

A propósito de la antropología médica, retomo el concepto de itinerario, ampliamente utilizado en este campo, pero adaptado por Esteban (2013) a lo corporal; esta teórica define los itinerarios corporales como:

Procesos vitales individuales pero que nos remiten siempre a un colectivo, que ocurren dentro de estructuras sociales concretas y en los que damos toda la centralidad a las prácticas corporales. El cuerpo es así entendido como el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social, en diferentes encrucijadas económico, políticas sexuales, estéticas e intelectuales. Itinerarios que deben abarcar un periodo de tiempo lo suficientemente amplio para que pueda observarse la diversidad de vivencias y contextos, así como evidenciar los cambios (Esteban 2013:58).

Para fines de este artículo se seleccionó un solo itinerario corporal por considerarse paradigmático. El itinerario corporal que a continuación se presenta es el resultado de entrevistas a profundidad, conversaciones libres y dos ejercicios autobiográficos, uno escrito y otro gráfico.

Para darle una secuencia temporal a la información, me permití ordenarla por etapas, sin embargo, el contenido de las conversaciones no sufrió ninguna alteración y se respetaron las propias palabras de la informante. Para proteger la confidencialidad de la misma se modificaron algunos datos personales como nombres y ubicaciones.

UN PRIMER ACERCAMIENTO ¿QUÉ SE ENTIENDE POR GORDURA EN JUCHITÁN?

De acuerdo con Gómez (2008:2), Juchitán ha sido descrito a partir de cinco mitos: paraíso matriarcal, gay, igualitario, democrático y estéticamente diferente. De estos cinco mitos, al menos tres están relacionados con las mujeres y probablemente esa es la razón que las sitúa, junto a los *muxes*, como interesantes para el arte y la academia.

Se ha señalado que en esta región la gordura femenina es bella (Gómez 2008), pues es interpretada como un símbolo de abundancia y buen comer (Dalton 2010), de hecho, artistas como Elena Poniatowska y Graciela Iturbide han dedicado parte de su obra a representar a las juchitecas.

Por el lado de la academia, Campbell y Green (1999) se interesaron en analizar las representaciones que observadores de Estados Unidos, Europa o la Ciudad de México han construido sobre las mujeres istmeñas de Oaxaca, concluyendo que desde el siglo dieciséis hasta periodos más recientes, antropólogos, viajeros, pintores e intelectuales se han referido a las mujeres istmeñas como amazonas, como mujeres exóticas.

Estas posturas, sin embargo, han sido puestas en consideración. Por ejemplo, Gómez (2008) señala que los mitos sobre Juchitán invisibilizan la subordinación de las mujeres en aspectos específicos, y problematiza sobre el mito del matriarcado. En el tema específico que ocupa a esta investigación, Dalton (2010) señala que entre las mujeres más jóvenes la idea de gordura y belleza se está transformando junto con la llegada de los medios de comunicación, los videojuegos y el internet. Para las generaciones jóvenes lo ideal es no estar gorda.

En cuanto a mi experiencia, cuando recién iniciaba el trabajo de campo, les preguntaba a las mujeres cómo consideraban que debería ser el cuerpo de una mujer. Ellas me respondían que, fuera del Istmo de Tehuantepec, se exigía en las mujeres “un cuerpo delgado, sin panza, con mucho busto, mucho trasero, piernas delgadas, no chaparrita sino larga” (Lila Toledo, comunicación personal 2018).

Sin embargo, apuntaban a que en Juchitán eso no importaba porque las mujeres poseen otro tipo de cuerpo, en sus palabras “somos mujeres llenas, grandotas, robustas, de piernas y caderas grandes” (Lizbeth Cruz, comunicación personal 2018), “aquí no está mal visto que no tengas un cuerpazo, aquí lo que importa es que comas bien” (Antonia Jiménez, comunicación personal 2018).

Hasta ese momento, parecía que el estigma de la gordura no existía, pero conforme convivía más con ellas me daba cuenta de que eso sólo era parte del discurso público pues estaban expuestas, desde temprana edad y en diversos espacios de la vida cotidiana, a la violencia que implica no encarnar un ideal corporal hegemónico.

En ese sentido, Muñiz (2015:52) considera, retomando a Foucault y a Butler, que la materialización de los cuerpos es producto de los efectos discursivos, las prácticas corporales y la performatividad. Propone cinco perspectivas para analizar las prácticas corporales que, aunque se superponen, ayudan a visualizar los procesos de disciplinamiento corporal que acontecen en varios campos de la vida como la medicina, la estética, la sexualidad, por mencionar algunos.

Analizar el siguiente itinerario corporal desde este enfoque nos lleva a darnos cuenta de que la imposición de una normalidad corporal es violenta y que, a partir de esa violencia, simbólica o real, las personas sufren, pero también subvierten.

EL ITINERARIO CORPORAL DE CORDELIA

Cordelia tiene 30 años y es originaria de Juchitán. Vive con sus padres y hermano en una casa antigua con un gran patio que, por cierto, no pudo escapar a los efectos de los terremotos de 2017. En este momento se encuentra preparando su boda, la cual se llevará a cabo en pocos meses, es decir, próximamente abandonará su hogar para crear uno nuevo con su pareja.

Desde hace cinco años inició un proyecto en Juchitán que lleva por nombre La casa de Cordelia, cuyo concepto está enfocado en el rescate y venta de los textiles tradicionales istmeños. Cordelia se dedica todos los días a su proyecto, a diario visita su tienda en la que pasa horas tomando fotos, organizando ventas y subastas en línea o diseñando vestidos para sus nuevas colecciones. También son frecuentes sus visitas a los pueblos vecinos, en donde hay siempre una artesana que colabora con ella, ya sea bordando o costurando.

Cordelia pesaba 90.7 kg cuando la conocí y su índice de masa corporal era superior a 30 kg/m², es decir, ante la óptica de la biomedicina es una mujer con obesidad.

Durante mi estancia en Juchitán conversamos mucho sobre la forma en que esta mujer vive su cuerpo, y varias veces describió su experiencia separada de la idea de que gordura en Juchitán es la norma, en sus palabras:

Hay una época de las abuelas en que ser voluptuosa es sinónimo de belleza. La percepción es que mientras más gordita seas es que eres más bonita, pero en mi generación no fue así, yo crecí viendo caricaturas en donde todas eran delgadas. En mi infancia fui siempre delgada y yo aprendí que porque era delgada era bonita y por eso me aceptaban (Cordelia Rodríguez, comunicación personal 2018).

Considera que muchas de las representaciones sobre las mujeres juchitecas se originan desde la mirada externa, pero reconoce que el cuerpo ha sido entendido de formas distintas a lo largo del tiempo.

Sí siento que la percepción hacia el cuerpo acá en el Istmo ha cambiado, antes como que la desnudez y el cuerpo eran algo más normal, no había como "ay, tu cuerpo", "tienes mucha espalda", "tus caderas son muy anchas" o "estás plana de aquí". Aún hay muchas señoras que a mí me dicen que soy bonita porque estoy grandota, así me dicen, como que soy frondosa [...]. Yo he escuchado mucho que las muchachas eran gorditas, pero en la mayoría de las fotos que ves en los registros de hace tiempo todas las mujeres eran delgadas, [...] cuando venía gente de fuera hacía interpretaciones de la vida, entonces empiezan a hablar del matriarcado y alguien que lo ve desde afuera va a pensar que así es la realidad acá (Cordelia Rodríguez, comunicación personal 2018).

El cuerpo y el peso corporal han ocupado un lugar central en las memorias de Cordelia desde la niñez. Recuerda episodios puntuales en los que distintas emociones se hacen evidentes. A continuación, expongo la reconstrucción del itinerario corporal de esta mujer.

Empecé a detectar las partes de mi cuerpo porque la gente lo hacía, siempre se refirieron mucho a mis piernas desde chiquita, entonces siempre me decían en zapoteco: "mira, qué grueso", lo decían en una expresión bonita y ahí ya me preguntaba yo ¿por qué hablan de mis piernas?

Una vez en el kínder mi mamá me puso un short súper cortito y un top y yo iba sufriendo, pensaba que por qué se atrevía a ponerme esa ropa que enseñaba mi cuerpo, ese día me dio tanta pena que me vieran todos que me escondí debajo de la mesa todo el día, lo hice porque estaba mostrando mi cuerpo.

No creo que en este tiempo me haya preocupado el peso, pero el cuerpo sí, porque me generaba vergüenza exhibirlo. También recuerdo que usaba huaraches con calcetines porque me daba mucha pena que se me viera la piel, que se me viera el cuerpo. Mi mamá ahí influía mucho porque me escondía mucho el cuerpo, me vestía siempre de vestidito porque como mi cuerpo era voluptuoso, aunque era delgada, me decía que iba a llamar la atención de los hombres. Una vez, cuando tenía como nueve años me puso un mallón, iba en la calle y un señor me chifló, entonces me escondía mi cuerpo.

A pesar de que yo rechazaba mi tipo de cuerpo porque lo comparaba con otras niñas, yo aprendí que sinónimo de belleza es ser delgada y crecí siendo la niña bonita. Yo crecí siempre como que te queda todo bonito, le gustas a todos los niños. Me acuerdo que salí en una tabla rítmica y los comentarios que yo escuchaba eran: "no, es que las señoras salieron a verte nada más, qué bonita eres". Entonces, yo crecí acostumbrada a eso.

A los 11 años ingresé a la secundaria y ahí se da mucho la comparación de los cuerpos, siempre la competencia del mejor cuerpo, de quién tenía el cuerpo más bonito y yo sentía que lo tenía más bonito. En esta época era muy delgada, entonces lo que aprendí es que quien es delgada y es bonita la gente la quiere. Eres la popular y sientes y tienes todo eso, los chavos guapos de la escuela quieren contigo y entonces todo el mundo te acepta, todo el mundo te quiere y las que son gorditas como que se sienten mal por el *bullying* y el rechazo.

A esa edad mi mamá me cuidaba mucho el peso, cuando estaba comiendo cosas que me gustaban, que por lo general eran cosas que engordan, me decía: "no comas mucho, estás comiendo mucha tortilla". Entonces yo empecé a entender que eso me hacía engordar y entonces si engordaba era algo malo. Ahí es donde recuerdo que empecé a preocuparme por mi peso. También tuve algunos problemas en la rodilla y el doctor me dijo que no debería subir de peso, pero claro, a él no le hice caso.

Me acuerdo mucho de una ocasión en que estaba yo a dieta, era la feria del pueblo y fui y me comí unas papitas y me sentí tan mal que por mi cabeza pasó vomitar, pero como me daba mucho miedo el vómito no lo hice. Me las comí sabiendo que no debía hacerlo y me sentí muy culpable porque eso significaba que estaba gordita o que iba a engordar.

Yo aprendí que porque era delgada era bonita y por eso me aceptaban, siento que todo eso lo aprendí desde pequeña, no sólo de mi mamá, también con la sociedad. Toda mi niñez, hasta los 17 años, aprendí que mi aspecto físico era bonito y era bonito porque era delgada. Siempre escuchaba ese tipo de comentarios: "qué bonita eres". "a ti todo te queda bien", y me sentía querida, o sea, como que aprendí que así te quieren, que te muestran aceptación por ese tipo de comentarios.

Fui reina de la secundaria porque era la más bonita de la escuela. En la prepa me enamoré, cambié mi ideología y anduve con el chico más guapo de la escuela porque pues yo era bonita y en ese tiempo seguía siendo delgada.

Después de los 17 años subí de peso, fue la primera vez que subí de peso, para mí fue muy fuerte porque sentí mucho rechazo, como si hubiera arruinado mi vida, pero la vez que me preocupé más fue cuando fui a estudiar la universidad a la Ciudad de México y subí de peso.

En ese momento me impactó mucho porque yo siempre fui delgada y siempre fui la niña bonita de la familia, además, no sólo era delgada, también era güera y eso me hacía sobresalir. Cuando llegué a la Ciudad de México había mucha gente güera y me sentía común y cuando subí de peso me sentí muy mal. Recuerdo que mi mamá me preguntó por qué había engordado, me decía que cómo era posible que estuviera así y su actitud era como si yo hubiera perdido algo, no sé, algo así muy grave. Yo me escudaba con que no me importaba, pero en el fondo me afectaba.

Sentí un shock muy fuerte porque empecé a sentir el rechazo, empecé a sentir como si hubiera quedado inválida o destruido mi vida, o sea, a ese grado. Yo de por sí era insegura desde niña, aunque era delgada y escuchaba todos esos halagos y la aceptación por la forma en que era mi cuerpo, pero cuando me hice gordita eso empeoró.

Me sentía muy mal, pensaba que con eso había perdido muchas cosas, sentía que ahora que estaba gordita no le iba a gustar a ningún chavo, que nadie iba a querer conmigo,

pensaba que me iban a querer menos, que ya no era quien yo quería ser o pensaba que era, sentí casi casi como que ahora ya no tiene sentido la vida.

Así que durante esta etapa quería esconder siempre mis piernas. Yo de por sí rechazaba mis piernas, de por sí me era difícil y ahora lo era más. Usaba faldas largas o pantalón con vestido para ocultar mi cuerpo y eso me hizo deprimirme porque me sentía que no me gustaba. Ante la gente me ocultaba, sentía incomodidad de ponerme cierto tipo de ropa y de salir a algunos lados.

En la universidad también empecé a escuchar otro tipo de discursos y empecé a hacer ejercicio, bajé un poco de peso pero siempre me sentía insegura. Tiempo después volví a Juchitán y empecé a practicar artes marciales, me sentía muy feliz, bajé de peso y sentía mucha fuerza.

Más adelante, dejé de practicar artes marciales y empecé con una nutrióloga, o sea, siempre mi objetivo era bajar de peso. La nutrióloga me dijo que como mido 1.62 metros debo pesar cincuenta y tantos kilos, algo así. Cuando llegué a los 70 kilos dije, o sea, yo no puedo bajar más de peso. Yo ya me sentía delgada, no quería bajar más pero la nutrióloga decía que eso era lo sano y, sí, veía que cuando pesaba como 70 kilos para ella seguía teniendo sobrepeso.

Cuando llegué a pesar 66 kilos me empecé a espantar, yo ya me veía súper delgada, para mí era un cambio drástico porque yo estoy acostumbrada a que las faldas me aprieten de la cadera y me sentía demasiado delgada, yo decía: "mis encantos, dónde están?", y sí me espanté mucho. Me ponía a pensar si estaba mal pesar un poco más, entonces le dije que nada más así y me dijo que estaba bien, pero entre sus dietas y eso, decía que yo tenía sobrepeso todavía, lo que me sacaba de onda porque sentía que lo que, según, era normal para mí era muy extremista.

Después del terremoto solté toda esa disciplina y le entré muy bien a la comida, comía lo que había y pues subí de peso. Actualmente no me siento cómoda con mi peso porque siento que tengo mucho sobrepeso y cuando yo estoy gordita todo el tiempo me estoy quejando. Siento que no me gusta, que no me siento bien.

A mí me gusta ser voluptuosa, a estas alturas yo he aceptado que mi cuerpo es así, pero me gusta estar en una complexión en donde yo me sienta cómoda, donde yo me sienta libre. Yo con este cuerpo no me siento libre, siento que me limita, me limita a usar la ropa que a mí me gusta e inconscientemente empiezo a hacer cosas como ya no ponerme tanta atención en arreglarme, pues qué sentido tiene arreglarme si la ropa que a mí me gusta no me la puedo poner, no la puedo usar.

Ahora que se acerca mi boda estoy nerviosa por mi peso. Hace unos días mi papá me dijo que tengo que bajar de peso para que luzca mi vestido y me molesté. Pero sí, una parte de mí siente que descontrolé mi alimentación, entonces ahorita mi trabajo es regresar a un peso en que yo me sienta cómoda, en que yo diga: "así me gusta". Para mí, la boda es un evento importante y tengo que estar bien, sé que no voy a estar súper delgada, pero quiero ponerme los vestidos que a mí me gustan y que además me sienta cómoda.

RESULTADOS Y CONCLUSIONES

El itinerario corporal de Cordelia abarca la diversidad de experiencias corporales que ha tenido desde que era niña hasta la actualidad, pero no sólo eso. A través del testimonio podemos ver el contexto en el que se llevó a cabo tal experiencia, las relaciones implicadas, las representaciones y las prácticas corporales que esta mujer generó.

Durante su niñez, Cordelia sentía incomodidad por la atención que provocaba su cuerpo, pues por un lado la gente la felicitaba y por otro la acosaban, así que la práctica corporal que se desencadenó de esos hechos fue el ocultamiento. Vemos que desde antes de los 11 años el dispositivo de la normalidad corporal ya estaba presente y que

estaba conformado por tres aspectos en constante interacción: la delgadez, la belleza y la aceptación.

Ser delgada era sinónimo de ser bonita y ser bonita implicaba el cariño y la aceptación de otros. Cordelia misma cuenta que las niñas que se salían de esa norma experimentaban el rechazo. Todo esto tuvo un importante papel en la subjetividad de esta mujer. Hasta las etapas de la secundaria y preparatoria, ella sabía que todas las posibilidades que se abrían a su paso se debían a que era bonita y delgada.

Muñiz (2015) argumenta que la violencia corporal también se lleva a cabo de maneras sutiles, por ejemplo, cuando se imponen modelos y pautas de belleza, feminidad, y, agrego, de salud. En la imposición de estos modelos se advierte una de las mayores expresiones de la violencia y la discriminación (Muñiz 2015:53). Por eso, se entienden las acciones que se pusieron en marcha para evitar que Cordelia fuera gorda y, por lo tanto, discriminada.

Aproximadamente a los 11 años Cordelia ya había hecho su primera dieta y sentía culpa y la pulsión de vomitar ante el temor de engordar, pero esto no ocurría en el vacío, al contrario, había todo un contexto que lo provocaba, ella misma dice que creció viendo programas de televisión donde los cuerpos visibles eran delgados.

En la universidad, al aumentar de peso, esta mujer vivió una ruptura en su subjetividad, pues experimentó en carne propia la discriminación que supone no tener un cuerpo normativo, incluso, ella equipara su situación con una discapacidad. A partir de ese momento sus prácticas corporales se dirigieron a la pérdida o el ocultamiento de su peso, al tiempo en que terminaba la universidad y regresaba a Juchitán.

Hasta este punto se ha visto que Cordelia fue interpelada desde su niñez por representaciones hegemónicas sobre lo que debería ser un cuerpo, sin embargo, cuando consultó a una nutrióloga notó una distancia entre la idea de normalidad corporal biomédica y su propia idea. A medida que se acercaba a un índice de masa corporal considerado normal, ella se sentía menos cómoda con su apariencia, eso la llevó a una práctica corporal de la subversión, que consistió en negociar un peso con el que se sintiera cómoda, aunque para la nutrióloga siguiera ubicándose en la categoría de sobrepeso.

En este momento de su vida, Cordelia asume que no desea ni podría adherirse al ideal corporal hegemónico, en sus palabras, le gusta ser voluptuosa. En consecuencia, se podría pensar que a partir de la reflexividad de los sujetos la noción de cuerpo se reconfigura, lo cual, es una forma de subversión. Sin embargo, hay exigencias que se mantienen intactas, particularmente para las mujeres, como tener un abdomen plano, cintura angosta, pechos y caderas visibles.

Por otro lado, no podemos perder de vista que la experiencia de la gordura para esta mujer se relaciona con un entorno social en donde la gordura no tiene lugar. Por ejemplo, Cordelia no se siente libre con su cuerpo, pero esa falta de libertad obedece a la escasa disponibilidad de ropa para vestirse, a la falta de representación y, además, al acoso social que sufre y ha sufrido desde niña por parte de sus seres cercanos.

Esta falta de representación ha sido discutida como una experiencia común de las personas gordas en las sociedades occidentalizadas y es una expresión de violencia y discriminación. Al respecto, el concepto de hiper(in)visibilidad (Gayley 2014) explica que la hegemonía corporal impuesta por el bionomio estética-salud, provoca que las personas gordas sean hipervisibles, lo cual significa que son frecuentemente señaladas,

juzgadas, intervenidas y discriminadas con el pretexto de la preocupación salud-estética, a la vez que son hiperinvisibles, pues no son representadas de manera positiva en los medios, no hay lugares en el transporte público, no hay ropa ni tallas, además de que no son leídas como deseantes y deseadas, entre muchas otras cosas.

Así pues, a través de la vida de una sola mujer, vimos cómo el mandato de salud-estética genera un ambiente gordofóbico, que afecta a las personas, particularmente a las mujeres, en todos los planos de sus relaciones, forjando subjetividades y desencadenando una serie de prácticas corporales para evitar ser discriminada. Asimismo, hemos visto cómo el ideal corporal se reconfigura a través del tiempo y cómo los sujetos con su propia reflexividad deciden cuándo y cómo accionar para ajustarse o no a esos ideales.

REFERENCIAS

Barragán, Anabella

2007 El género de los cuidadores en la atención del dolor crónico. *Estudios de Antropología Biológica* XIII: 1083-1102. Documento electrónico: <http://revistas.unam.mx/index.php/eab/article/viewFile/26444/24844>. Accesado el 18 de enero de 2019.

Campbell, Howard y Susan Green

1999 Historia de las presentaciones de la mujer zapoteca del istmo de Tehuantepec. *Estudios sobre las culturas contemporáneas* V(9): 89-112.

Campbell Howard y Martha Tappan

1998 La COCEI: cultura y etnicidad politizadas en el istmo de Tehuantepec. *Revista Mexicana de Sociología* 51(2): 247-263. Documento electrónico: <https://www.jstor.org/stable/3540686>. Accesado el 24 de abril de 2019.

Company, Miguel y María Rubio

2013 Medicalización del peso corporal. Cuestiones críticas en los discursos sobre obesidad. *Revista de enfermería* 7(3): 1-10.

Colls, Rachel y Bethan Evans

2010 Challenging Assumptions: Re-thinking 'the obesity problem'. *Geography* 95(2): 99-105. Documento electrónico: <https://www.jstor.org/stable/20789355>. Accesado el 10 de abril de 2019.

Dalton, Margarita

2010 *Mujeres: género e identidad en el istmo de Tehuantepec, Oaxaca*. Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS, México.

Esteban, Mari Luz

2013 *Antropología del cuerpo, género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Ediciones Bellatera, España.

Foucault, Michel

1988 El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología* 50(3): 3-20, Documento electrónico: <http://links.jstor.org/sici?sici=0188-2503%28198807%2F09%2950%3A3%3C3%3AE5YEP%3E2.0.CO%3B2-A>. Accesado el 20 de enero de 2019.

Gailey, Jeannine A.

2014 *The hyper(in)visible fat woman : weight and gender discourse in contemporary society*. Palgrave McMillan, Reino Unido.

Gómez, Agueda

2008 Género y movilización política étnica entre los zapotecas del Istmo de Tehuantepec, México. Documento electrónico: <http://siare.clad.org/fulltext/0053416.pdf>. Accesado el 20 de enero de 2019.

Madrid, María

2008 Multiculturalism, extreme poverty, and teaching P4C in Juchitán: A short report on research. *Childhood and philosophy* 4(8): 126-135.

Martínez, Ángel

2015 *Antropología médica. Teorías sobre la cultura, el poder y la enfermedad*. Anthropos Editorial, Barcelona, España.

Menéndez, Eduardo L.

1997 Antropología médica: espacios propios, campos de nadie. *Nueva antropología* XV(51): 83-103. Documento electrónico: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15905107>> ISSN 0185-0636. Accesado el 12 de enero de 2019.

Miano, Marinella

2002 *Hombre, mujer y muxe' en el Istmo de Tehuantepec*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Muñiz, Elsa

2015 *El cuerpo, estado de la cuestión*. Universidad Autónoma Metropolitana, México.

Ortner, Sherry

2016 *Antropología y teoría social, cultura, poder y agencia*. UNSAM, Buenos Aires.

Piedras, Guillermo

2011 La experiencia subjetiva del cuerpo con sobrepeso. Un análisis desde el interaccionismo simbólico. *Sociológica* 27(75): 125-155.

Piñeyro, Magdalena

2016 *Stop gordofobia y las panzas subversas*. Baladre, Zambra, Valencia, España.

Rothblum, Esther D.

2011 Fat Studies. En *The Oxford Handbooks of the Social Science of Obesity*, editado por John Cawley. Oxford University Press, Londres. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199736362.013.0011

Singer, Merrill

1195 Beyond the Ivory Tower. *Critical Praxis in Medical Anthropology*. *Medical Anthropology Quarterly* 9(1): 80-100.